

RUNNING

Esther F. Carrodegua

Sí. Mi hermana, Natalia, está en la cárcel. Trapicheos. Por eso tengo que cuidar de mi sobrino, al que realmente no hago mucho caso. Supongo que por eso también está trapicheando. Precisamente esa tarde, la tarde en la que me llamó Román, mi hermana acababa de tener otro intento de suicidio. El quinto desde que está en A Lama. Fuimos todos hasta allí: mi madre, su novio Manolo y Marcos, el hijo de Natalia: mi sobrino, Por supuesto no nos dejaron verla, era inútil ir, pero, ¿qué íbamos a hacer? **Pausa**. A la vuelta pasamos por la Residencia para visitar a mi abuelo. El abuelo Eufrasio. **Sonríe**. Parecía Navidad: hacía tanto tiempo que no estábamos así juntos, la Familia. Faltaba Natalia, claro, pero su presencia se podía masticar en el silencio. **Pausa**. Mi madre va cada semana, a la Residencia, a verle. Yo la llevo pero me quedo fuera, en el coche. Me duele demasiado entrar. Pago lo que cuesta esconderlo en aquel hotel de mierda: es la mejor manera que encontré para acallar mi conciencia: “el abuelo está bien: en el mejor sitio posible”. **Pausa**. Estuvimos con él media hora o así; los cuatro, allí, en silencio. Ninguno tenía mucho que decir. Miraba para el infinito, rodeado de una Familia que es mejor no recordar **Sonríe**. Después Mamá le cantó la misma canción de siempre. Una que él sigue con la mano. **Canta y golpea con la mano en la pierna**. Aguanté las lágrimas.